

## Elogio de San Francisco de Asís

El H. Senador J. M. Saavedra Galindo, antiguo alumno, colegial de número y muy distinguido doctor de este claustro, pronunció con motivo de la colocación de una placa en el templo del Barrio de Chile dedicado al santo de Asís, el siguiente bellísimo discurso.

«Señoras, señores:

Entre las comunidades religiosas nacidas a la sombra de la cruz, hay dos que me han inspirado siempre la más viva simpatía y el más cierto respeto: la del Santo de Asís, y la de las hijas de San Vicente de Paúl. Ambas tienen su fuente en el amor infinito. Pero se diferencian como los colores de la luz, que nacen, sin embargo, del mismo luminar del sol. La de San Francisco, sigue a Cristo al pie de la cruz, cuando ama, sufre y perdona. La de San Vicente de Paúl sigue a Cristo taumaturgo, cuando alivia el dolor del alma y el del cuerpo; cuando, valiéndome de una descripción inimitable, adquiere la figura de Jesús, “la soledad de todos los que dan; el silencio de todo lo que brilla”.

Una de las solemnidades con que la comunidad franciscana de Bogotá ha querido celebrar el séptimo centenario de la muerte de su santo Fundador, es la colocación en el día de hoy de una placa conmemorativa en el nuevo templo que ella construye en uno de los barrios más pintorescos y de mayor porvenir en nuestra culta capital: el barrio de “Santiago de Chile”. Bello pensamiento, digno a la vez de la gloria del Santo a quien se dedica y de la fecha varias veces centenaria de su muerte.

El templo es arte para los sentidos, y es religión para

el alma. Por el aspecto artístico, en el templo hallamos el clásico ejemplar de las obras humanas que imitan a la naturaleza, puesto que el arte puro y verdadero, no es sino el reflejo de los eternos modelos de ésta. Las columnadas, son la copia del tronco perpendicular de los árboles desnudos; el arco, imita a la rama que se dobla al peso de sus frutos; los capiteles, en sus diversas órdenes, son la imitación de las hojas de la umbría. La bóveda, la cúpula y las torres, son tomadas de la ilusoria bóveda celeste, y de la copa y de las flechas de los árboles.

Este templo, que sin duda será presidido por el arte y el buen gusto que en todos los suyos han demostrado siempre las comunidades franciscanas, será por tanto, quizá en breve, un bello modelo de la obra imitativa del hombre a la hermosura natural de la creación.

Por el aspecto religioso, el templo es el lugar que sella en todas las edades, los días clásicos del hombre. Nace y va a recibir en él las aguas bautismales; crece, abre los ojos a la luz de la razón, y recibe entonces, vestido de blanco, custodiado por la mística palidez de los cirios, la primera comunión, la blanca Eucaristía, de la cual se ha dicho bellamente:

Jamás un sol más blanco  
 tuvo más rojo ocaso,  
 que aquel sol del espíritu—la hostia—  
 al desaparecer tras de los labios.

En el día nupcial, los novios alegres van al templo a jurarse amor eterno ante las aras blancas del altar. Aquel día, todo es ilusión y alegría: la luz de las antorchas y la gasa perfumada del incienso, recuerdan el cielo con sus blancos luminaires y sus nubes errantes. Se oye el órgano, que con modulaciones de la inimitable voz humana, puebla de acentos y armonías las bóvedas del templo, todo

blancura y esplendor. Entonces ven los desposados lo que vio el poeta:

Cuando en las manos trémulas del cura,  
 se alza la hostia en su cendal de incienso,  
 como una estrella santa que fulgura  
 entre las gasas del azul inmenso,  
 ella,—la emperatriz de las quimeras,  
 flor que perfuma el templo y el santuario,—  
 con sus místicas manos hechiceras,  
 acaricia las cuentas del rosario.

Llega más tarde el día de la muerte; y en el templo recibe el hombre los últimos adioses, antes de ser devuelto a la tierra madre de donde vino. Entonces el templo viste de luto; las luces de sus lámparas, son llamas funerarias; y en vez de sus alegres cánticos, tiene para el punto final de la existencia, "la subterránea voz del *Miserere*."

El templo es, por tanto, el asilo sagrado del alma humana en su peregrinación sobre la tierra. Al nacer, al crecer, al amar, al sufrir, al reír, al llorar y al morir, es siempre el nido de las alas blancas de la oración. Eso significa este edificio franciscano, que en su diseño, desde la planta hasta el remate de sus ápices, se ha de ver como un ciprés arrodillado en la tierra, rogando por su tesoro de almas; y "como el ciprés, erguido en una fervorosa oración hacia la gloria deslumbrante del cielo, nostálgico de azul y de infinito."

Sin duda alguna, es por esto por lo que aun de las ciudades muertas, lo último que perece es el recuerdo de sus templos. Queda él flotando como una nebulosa en el cielo lejano de la prehistoria. Así nos habla la más bella página profana que haya escrito hombre alguno sobre la religión de los recuerdos. Es la página sobre la desaparecida ciudad de Is y de sus templos. Recordémosla:

"Una de las leyendas más esparcidas en Bretaña, es

la de una pretendida ciudad de Is, que en una época desconocida, hubiese sido tragada por el mar. Se señala en diversos sitios de la costa el lugar de esta ciudad fabulosa, y los pescadores nos hacen de ella los más extraños relatos. En los días de tormenta, aseguran ellos, que se vé en la cuenca de las olas la punta de las flechas de sus iglesias; y en los días de calma, dicen que se escucha subir desde el abismo el sonido de las campanas que modulan la oración de la mañana. Me parece, dice el autor, que llevo en el fondo del alma una muerta ciudad de Is, que suena todavía con sus campanas obstinadas en llamar a los oficios sagrados a fieles que ya no escucharán más. Algunas veces me he detenido para prestar atención a estas temblorosas vibraciones que me parecen venir de profundidades infinitas, como voces de otro mundo.

Y ya en las aproximaciones de la vejez, sobre todo, he sentido placer singular en recoger durante el reposo del estío, estos ruidos lejanos, que vienen como de una Atlántida desaparecida.”

¿Lo véis? El mar infinito se tragó la ciudad, y sólo el recuerdo de su templo ha quedado flotando en el vaivén eterno de sus olas.

Cuéntase que el Santo de Asís, absorto, clavada la mirada ante el crucifijo, enajenado casi en la meditación del monte por la llama viva del amor, vio al fin que tenía en su propio cuerpo las señales ensangrecidas del cuerpo moribundo de Jesús. El Dios agonizante, impresionó la señal de sus dolores, como en una placa fotográfica, en el cuerpo de su siervo fiel; y desde entonces pudo él enseñarla y dejarla a su Orden como la guía de la enseñanza divina en todos los caminos de la tierra. Tal como la cruz que se alzó divinizada en el Calvario, y que se alza hoy en toda la redondez de la tierra, es una copia de la cruz sideral de la constelación del Sur, que Dios puso en el

cielo desde el principio de los siglos, para que guiara a los navegantes que carecían de brújula y cuadrante.

Al estilo de los panegiristas, bien podría hoy desahermarme en elogios a la comunidad franciscana. Pero no. Apenas digo sobriamente que ella devuelve las dádivas que recibe de la nación y del pueblo, en obras pías y hermosas como ésta, como la mariposa de que habla el aeda:

Quién fuera mariposa,  
flor del aire, luciente y fugitiva;  
envidio esa existencia temblorosa,  
que siempre en pago de la miel que liba,  
deja un polvo de oro en cada rosa.

Y suspendo aquí elogio a la Comunidad Franciscana, por cuanto dice un sabio comentador del Santo de Asís, que no quería él alabar a los hombres, porque sólo hay UN SER dueño de toda alabanza; que a las cosas, si se las alaba, ellas no se engríen; y agrega por los labios del santo: “¿Cuándo una flor tiene un estremecimiento si se dice su blancura? Nosotros sí.... El elogio nos hace un grato cosquilleo en los oídos; y el pecho se nos hincha feamente. Mucho alabamos en cambio nosotros. Tanto, que parecemos cambiadores de cuentas de colores, trocando alabanza por alabanza.... Por eso andamos lentos en la perfección. Si el lirio a cada pétalo que echa, esperase el elogio, tardaría en echar el otro pétalo; si el agua cantarina esperase que la oyesen, se quedaría parada en la vertiente.”

Conmemoramos la muerte del Santo de Asís, acaecida hace siete siglos. Recordemos en honor suyo lo que de la muerte del Santo, en su poema *La Muerte*, dice Gabriela Mistral, que tiene hoy en sus manos el cetro de la poesía castellana:

“También sentiste la muerte como una suavidad, Francisco; al tocar tu cuerpo dócil todas las cosas, tenían que serte suavidad. ¿Cómo la sentiste?

Se te iba acercando muy callada, con talones de silencio y blanda mirada. Se sentó frente a tus rodillas; notas que te subía por ellas, no un frío, sino una pequeña frescura como de agua de piscina, que asciende lenta. Te subió por los muslos descarnados; insensiblemente llegó al corazón; se derramó sobre él como una ola fresca, parándote el aliento. Te rodeó la garganta en una venda un tanto apretada, y el murmullo de la oración se fue aterciopelando. Su arena delgada iba espolvoreándose en los ojos abiertos, y te pareció que el Hermano Sol bajaba al oca-so, aunque no caía todavía la tarde a esa hora. Te extendió la mano siempre recogida por el hábito de la caricia, y te la dejó abierta. Dejó caer poco a poco algo como felpas espesas sobre los oídos, haciéndote lejanos los rezos de los frailes que estaban a tu lado. Te estiró los miembros que recogías en el lecho, por parecer tan pequeño como el cuerpo de un niño. Te dio, por fin, lo que mucho habías anhelado: la pérdida del cuerpo, el cual se fue sumiendo en las agas profundas de la inconsciencia. Y con un pequeño estremecimiento, te desprendió el alma, recogíendotela, desde la cabeza hasta la punta de los pies, como se recoge una llama que arde horizontal en un tronco, en una lengua alta que sube arrebatada al cielo.

Y así te fue la muerte amiga. No pudo traicionarte: ninguna cosa desprendida de las manos de Dios sobre nuestras cabezas, nos traiciona en este mundo, Francisco."

Señores: por honrosa distinción de la Comunidad Franciscana, os he hablado en su nombre en esta solemnidad. La humanidad debe ser considerada como un solo hombre que subsiste siempre y que aprende continuamente. Con este hermoso pensamiento de Pascal, termino estas breves palabras, aplicándolo a este hecho: San Francisco de Asís, no ha muerto; vive hace siete siglos en el espíritu y en las obras de la Comunidad Franciscana, mos-

trando impresas en su cuerpo las señales del martirio de la cruz. Vive siempre el Santo que ya moribundo, pidió perdón a su cuerpo por haberlo martirizado tanto en beneficio sólo del espíritu; el seráfico Francisco, el dulce poeta, autor del bello canto al Hermano Sol, que al decir de la Condesa de Pardo Bazán, abrió el capullo del idioma italiano, y lo echó a volar con las irisaciones de luz y de vida de una mariposa; el que realizó la amistad íntima y sincera del hombre con la naturaleza desnuda; el que creó la divina alegría de la triste desnudez de la pobreza humana; y dejó al mundo, encendidas, como antorchas inextinguibles, estas únicas palabras: AMOR Y PERDÓN, que siguen en el tiempo el núcleo esplendoroso del Santo de Asís, como la cauda luminosa de un cometa»

## JUAN LUIS VIVES

Así titula Pablo Patiño Bernal la monografía que como tesis para optar el título de doctor en filosofía y letras de la Facultad de este Colegio, presentó y sostuvo con notable lucimiento en su examen final de grado.

Este trabajo original por el tema escogido, importante como que contiene delineada magistralmente la personalidad del célebre filósofo renacentista valenciano, lucida por la prosa fácil y elegante en que se halla concebido, hacen esperar para el nuevo doctor un porvenir brillante.

Publicamos en seguida un capítulo de la tesis.

### EL RENACIMIENTO

Sin participar, en un todo, de las ideas de Taine, de amplia generalización, reconocemos la definitiva influencia del medio en la formación y aun en la aparición de las figuras representativas de un valor auténtico y decisivo en los ciclos evolutivos de la humanidad. Y así, para com-